



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 18 (2012)

EL MADRID ISABELINO DE LOS AÑOS CUARENTA VISTO POR LOS INGLESES

Salvador GARCÍA CASTAÑEDA

(The Ohio State University)

Recibido: 15-06-2012 / Revisado: 01-11-2012

Aceptado: 02-12-2012 / Publicado: 10-12-2012

RESUMEN: Me ocupo en este artículo de la vida en Madrid en los albores del reinado de Isabel II en los años 40 del siglo XIX, tal como la vieron Samuel Edward Widdrington, Martin Haverty y Terence Mahon Hugues. Estos escritores británicos residieron durante cierto tiempo en la Villa y Corte y tuvieron ocasión de seguir de cerca la complicada política del momento, de conocer a algunos de sus protagonistas y de observar las costumbres de aquella cambiante sociedad. No me propongo relatar la historia de la España de entonces sino destacar aquellos episodios y personajes sobre quienes estos autores arrojan nueva luz o revelan aspectos mal conocidos de carácter por lo general costumbrista o intrahistórico.

PALABRAS CLAVE: Samuel Edward Widdrington, Martin Haverty, Terence Mahon Hugues, Reinado de Isabel II, Madrid, Política, Modas y Costumbres.

ISABEL II'S MADRID AS SEEN BY ENGLISH TRAVELLERS IN THE 1840s.

ABSTRACT: The present article deals with life in Madrid in the 1840s, during the early years of Isabel II's reign, as seen by Samuel Edward Widdrington, Martin Haverty and Terence Mahon Hugues. They were three British writers who lived in Madrid for some time, and thus were able to follow closely the complicated politics of the time, and observe the changing customs of the Spaniards. I do not intend to deal here with the History of Spain at that time, only to point out some historical episodes or characters as seen from the perspective of these foreign witnesses.

KEYWORDS: Samuel Edward Widdrington, Martin Haverty, Terence Mahon Hugues, Isabel II's reign, Madrid, Politics, Costums and Fashions.

Me he ocupado anteriormente¹ de la vida en la corte de la joven Isabel II cuando Washington Irving estuvo en España entre 1842 y 1846 como Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos. Sus cartas despertaron mi interés por aquel Madrid cortesano en unos años tan cruciales para la historia de España como la minoría de Isabel II, la Regencia y caída de Espartero, la accesión al trono y los debates en torno al matrimonio de la reina. Las observaciones del autor de los *Cuentos de la Alhambra* constituyen una visión intrahistórica compuesta de consideraciones políticas, elementos costumbristas y crónica de sociedad.²

Aquellas cartas me llevaron a estudiar cómo vieron la vida en Madrid otros extranjeros que pasaron por España o residieron en ella en los años 40 de aquel siglo desde su perspectiva de observadores de las costumbres de un país que, para todos ellos, resultaba exótico y difícil de entender. Samuel Edward Widdrington, Martin Haverty y Terence Mahon Hugues residieron en la Villa y Corte y al igual que Washintong Irving tuvieron ocasión de seguir de cerca la complicada política del momento, de conocer a alguno de sus protagonistas y de observar las costumbres de aquella cambiante sociedad. No me propongo relatar la historia de la España de entonces, sino destacar aquellos episodios y personajes sobre quienes estos autores arrojan nueva luz o revelan aspectos mal conocidos, de carácter por lo general costumbrista o intrahistórico. No incluyo aquí a Richard Ford, pues vivió en España en los años 30 y como resultado de sus experiencias publicó en 1845 el *Hand-Book for travelers in Spain*. Al año siguiente apareció *Gatherings from Spain*, que incluía los ensayos de carácter no topográfico del *Hand-Book*, a más de comentarios acerca de la situación política del presente. Algo semejante ocurre con George Borrow, el autor de ese extraordinario libro que es *The Bible in Spain* (1843), quien viajó extensamente por España entre 1835 y 1839 como agente de la British and Foreign Bible Society, para difundir el conocimiento de la Biblia, aun cuando me referiré a ellos en alguna ocasión.³ El oficial de marina Samuel Edward Cook publicó *Sketches in Spain in 1829-30-31-32*, en 1840 adoptó el apellido Widdrington, y *Spain and the Spaniards in 1843*, impreso bajo este nuevo apellido, fue el resultado de una segunda visita en aquel decenio; y el periodista irlandés Martin Haverty viajó extensamente por Europa y recogió sus experiencias en el libro *Wanderings in Spain in 1843*, publicado al año siguiente. También fue anglo-irlandés Terence Mahon Hughes, hispanista y lusitanista, quien vivió siete años en España, autor de *Revelations of Spain in 1845, by an English Resident* (1845), *An Overland Journey to Lisbon at the close of 1846; with a picture of the actual state of Spain and Portugal* y el poema *Iberia won: A Poem Descriptive of the Peninsular War, with Impressions* (1847).⁴

1 «Washington Irving y la joven Isabel II (1842-1846): un testimonio» (García Castañeda, 2012, en prensa) y «Ecos de sociedad: la vida cortesana isabelina (1842-1846) que vio Washington Irving» (García Castañeda, 2012, en prensa).

2 Entre los testimonios de los españoles de aquella época relacionados con la política y con la corte destacan las *Memorias del reinado de Isabel II* del marqués de Miraflores, *Mis memorias íntimas* del general Fernández de Córdoba, y los *Apuntes para la la Historia del tiempo en que ocupó los destinos de Aya de S. M. y Camarera Mayor de Palacio* de la condesa de Espoz y Mina. En estas obras, los hechos históricos y las anécdotas están inevitablemente interpretados desde la perspectiva de la filiación política de sus autores. Para las referencias de carácter histórico véase el imprescindible *Spain 1808-1975* de Raymond Carr (1982).

3 Otros viajeros ingleses en este decenio fueron Francis Chevenix Trench, uno de los «Apóstoles de Cambridge», futuro Arzobispo de Dublin, *Diary of Travels in France and Spain, chiefly in the year 1844 by The Rev. Francis Trench*. In Two Volumes, London, Richard Bentley, 1845. En el volumen II relata su breve visita a España en junio de 1844: entró por Rentería, estuvo en San Sebastián, Hernani, Tolosa y Azpeitia y regresó a Francia por Bayona. Su propósito era repartir biblias y panfletos protestantes y ver cómo los recibían los españoles, y sus observaciones acerca de lo que vio son acertadas y positivas. También Lady Frances Anne Emily Vane-Tempest, Marchioness of Londondery, autora de *A Journal of Three Months' Tour in Portugal, Spain, Africa, etc.*, London, Mitchell & Co., 1843, en el que no se ocupa de la vida en Madrid.

4 Las referencias y citas provienen de Richard Ford, *Gatherings from Spain* (1846), George Borrow, *The Bible in Spain* (1843), Samuel Edward Widdrington, *Sketches in Spain in 1829-30-31-32* (1843), y *Spain and the Spaniards in 1843*

*

Como es sabido, la negativa de la reina Regente María Cristina a firmar la Ley de Ayuntamientos en la versión propuesta por los progresistas provocó el accidentado fin de su Regencia y su exilio a Francia (1841) donde, bajo la protección de Luis Felipe, comenzó una campaña de conspiraciones y de intrigas que solo daría fin con su muerte. Llegó entonces al poder el popular caudillo Espartero, quien ocupó la Regencia por dos años (1841-1843) hasta que el pronunciamiento de O'Donnell y de Narváez le llevó a su vez a la emigración. Al acceder don Baldomero a la Regencia, la marquesa de Santa Cruz y el resto de la nobleza abandonaron el palacio real y fueron sustituidos en la tutela y educación de las princesas por Argüelles, el poeta Quintana y la condesa de Mina. A esta última debió Widdrington el relato del ataque al palacio real, preparado desde Francia por Cristina para liberar a la reina niña y a su hermanita del poder de los execrados progresistas. Los sucesos del 7 de octubre de 1841 son conocidos y los describí en otra ocasión desde las opuestas perspectivas de la condesa de Mina y del general Fernández de Córdoba. Los atacantes pertenecían al regimiento de la Princesa, los mandaban Concha y Diego de León, quienes al fracasar la intentona se dieron a la fuga. Concha, que era cuñado de Espartero, iba de paisano y logró escapar, pero León, que iba de gran uniforme y condecoraciones, fue hecho prisionero y pasado por las armas. De este último escribía Widdrington que era «un soldado bravo y activo, una especie de Murat, con muchas de las cualidades y defectos de aquel personaje, vano, crédulo y caballeroso» (1843: 67). Era muy estimado en el ejército, le usaron como cabeza visible de la conjuración y, a pesar de los esfuerzos que se hicieron por salvarle la vida, Espartero le hizo fusilar y León «murió como había vivido, como un valiente». Haverty recogía el rumor de que cuando fracasó el asalto se vio a Isabel sacar un papel del seno y quemarle precipitadamente, lo que hizo suponer que estaba al tanto de la conspiración (1844: 91).

Durante su Regencia circulaban malintencionados y persistentes rumores entre los cortesanos acerca de los humildes orígenes de don Baldomero y de Madame Mina, a quienes odiaban por haberse elevado por su propio esfuerzo a su presente rango.⁵ Widdrington conoció a esta última y a su marido durante su exilio en Plymouth. «La sencilla hija de un comerciante», que fue Aya de la Reina,

es corpulenta y de estatura más bien baja, tiene abundante pelo negro y ojos muy grandes, incluso en este país donde tanto abundan, que relucen de inteligencia, y viste con sencillez. La frente y la parte inferior de la cara son dignas de atención y un frenologista las vería como un modelo de firmeza de carácter. Va siempre de negro y aceptó el puesto a condición de seguir vistiendo así. No lleva más joyas que una cadena con una simple cruz de oro macizo [...] y sus modales, nobles y serios, casi severos, harían pensar a primera vista en una madre abadesa (1843: 48).

(1844), Martin Haverty *Wanderings in Spain in 1843* (1844), Terence Mahon Hughes, *Revelations of Spain in 1845, by an English Resident* (1845). Las traducciones son mías.

⁵ Se dice que el padre de Madame Mina, quien es incansable en el cumplimiento de sus deberes, fue hijo natural de un tendero gallego que comenzó como grumete en un costero y al llegar a la mayoría de edad recibió cien dólares con los que se estableció, pero se aficionó tanto al contrabando que acabó en la cárcel. Allí se enamoró de la joven que vendía bacalao, pan y chorizo a los presos y se casó con ella; tuvieron una hija, a la que no faltaban ni inteligencia ni belleza, la cual al cabo del tiempo se casó con un guerrillero navarro. La esposa del general Mina fue muy considerada durante su exilio en Inglaterra y en Francia desde 1823 y como tenía don de gentes y fuerza de carácter —«ella savait en tirer parti»— a su vuelta a España asumió aires aristocráticos y hablaba constantemente de sus amistades entre la nobleza de Inglaterra y de Francia, hasta colocarse bien en su propio país y, «a mi juicio, muy merecidamente por sus grandes méritos y talentos» (Haverty, 1844: 85-86).

Tenía muchos enemigos que la llamaban «la santurrona», y ella le relató de manera sencilla y patética el extraño episodio del asalto al palacio.

Espartero resolvía los asuntos de estado sin contar con los políticos experimentados, y se creía, al parecer erróneamente, que favorecía la firma de un tratado de comercio para introducir en España géneros ingleses, lo que motivó la vigorosa oposición de los fabricantes catalanes y de los grandes contrabandistas andaluces; la muerte de Diego de León le enajenó el apoyo de buena parte del ejército, la nobleza y el clero le odiaban y los agentes de la reina madre estaban más acreditados ante la corte de Luis Felipe que los embajadores del Regente (Hughes, 1845: 19).

Para Haverty era un valiente soldado y un patriota, pero le veía entre *los más pequeños* de los grandes hombres, a quienes los avatares de las revoluciones modernas habían sacado de la oscuridad para ser la admiración del mundo (1844: 120). Por otra parte, Espartero adquirió fama de intrigante, de jugador y de *roué* (Hughes, 1845: 17), y de este modo «descendió de la idolatría al entusiasmo, del entusiasmo al cariño, del cariño al respeto, del respeto a la indiferencia, de la indiferencia al desprecio, del desprecio al odio y del odio fue a caer en el mar» (1845: 15).

El pronunciamiento contra Espartero comenzó en Barcelona y de allí se extendió rápidamente por el resto de España. Las ciudades pequeñas siguieron el ejemplo de las grandes y comenzaron las deserciones entre las tropas. El Regente, «cuyo porte era altamente admirable», salió para atacar Valencia; antes de su marcha la Milicia Nacional quiso despedirse de él, formaron 12.000 hombres «y la vista que ofrecía el Prado era una de las más brillantes y de las más interesantes que he visto en mi vida». Y Widdrington coincidía con Washington Irving en que Espartero tenía «una voz tan poderosa y sonora que se oía a gran distancia, y su fogosa animación en aquellas ocasiones era tan extraordinaria como no la había visto en nadie más» (1843: 24).

Al comenzar la nueva Regencia, la futura Isabel II tenía doce años y Espartero prohibió severamente que sus acompañantes trataran con quienes pudieran ser partidarios de María Cristina. El Aya, que era la marquesa de Santa Cruz, se despidió diciendo que el palacio era una «prisión inquisitorial» y Madame Mina ocupó su puesto. Toda la nobleza abandonó el palacio con excepción de la marquesa de Altamira, quien permaneció por orden de Cristina, y la deserción de los cortesanos y las austeras medidas de Espartero dieron a aquella corte y a aquel palacio un aire silencioso, conventual y triste. Se permitió hacer amistades a Isabel incluso con los criados para evitar que el trato solamente de los nobles la hiciera contraer ideas conservadoras (Haverty, 1844: 87). Washington Irving, tan amante siempre de los niños, tuvo especial cariño por la reinesita, «the poor little Queen», tan inocente y e indefensa quien, en muy poco tiempo, se desarrolló prematuramente y alcanzó el aspecto de una robusta joven. Pero la visión de estos ingleses afincados en Madrid, curiosos de ver y oír, y relacionados con españoles de diversas clases sociales y tendencias políticas, no coincidía con la del autor de los *Cuentos de la Alhambra*.

Haverty llegó a Madrid a tiempo de asistir a la apertura de las nuevas Cortes el 3 de abril de 1842. Entró la infanta María Luisa, quien tenía poco más de once años y ya era muy bella, y con la simplicidad y la gracia de la niñez, además de gran amabilidad y simpatía; acompañada por Espartero llegó la joven reina, ni mucho menos tan guapa como la Infanta, aunque era más rubia y también con buen tipo. Aunque entonces no tenía más que doce años y medio, ya parecía una mujer; llevaba un vestido de satén blanco entretejido de flores de delicados colores y una diadema de plata con ricos diamantes. La corona real de oro estaba encima de una mesa cercana al trono. Un cortesano llevaba el manto, que era de rico terciopelo verde oscuro con forro de armiño, y detrás venía Madame Mina, la *camarera Real y gobernante*, con el vestido negro y sencillo propio de una señora

española. La reina llegó al trono con dignidad, pero respondió a los saludos de los cortesanos de manera poco graciosa y cortés y, en general, mostró impaciencia y brusquedad en sus movimientos. Apenas acabó de sentarse cuando lo hizo Espartero; la reina recibió el discurso escrito y se lo pasó al Regente, quien lo leyó, sentado, destacando al final la parte correspondiente a los desdichados asuntos de Barcelona. A Haverty le llamó la atención de inmediato la falta de dignidad y presencia que se esperaba de un militar acostumbrado a mandar, y, en general, no vio en su semblante y en sus modales ni genio profundo ni nobleza de sentimientos. Después, el desfile de la comitiva real hasta palacio fue de lo más brillante; los carruajes de la reina, de la infanta y de los embajadores eran magníficos, y la vibrante música militar se mezclaba con el tronar de la artillería y el alegre repicar de las campanas. Sin embargo aunque había miles de personas no se oyó ni una sola aclamación, ni un solo ¡viva!, a causa de la impopularidad del Regente (1844: 70-82). Durante la misa en la capilla de palacio, que es siempre pública, Haverty vio a la reina y a la infanta que llevaban mantilla española. Cuando los sacerdotes mencionaban el nombre de la reina en sus oraciones y se inclinaban hacia ella, esta les devolvía el saludo con una rápida inclinación de cabeza, y en esto, así como en otros gestos bruscos como dar respingos y sacudir la cabeza violentamente, revelaba mala educación y una disposición hosca y violenta. Y Hughes advertía la notable semejanza, cada día mayor, de Isabel con su difunto padre, no solamente en lo obstinado y huraño del antipático Fernando, sino en la mirada, la tosquedad de las facciones, especialmente en torno a la boca y la barbilla, y la expresión poco despierta (1845: 114-119).

Con el nuevo gobierno moderado regresaron los nobles a palacio, se incrementó notablemente la servidumbre palatina y con ello los gastos de la Casa Real, que en 1844 eran 32.050.000 de reales, es decir, 320.000 libras (1845: 110). La marquesa de Santa Cruz volvió a ocupar su puesto de Aya y Camarera Mayor, y la futura reina quedó rodeada de una camarilla compuesta por Narváez, la marquesa de Santa Cruz, «que es una persona fascinante, de elegantes modales y alto nivel intelectual» (1845: 103), la marquesa de Valverde, el duque de Osuna, Donoso Cortés y un senador llamado Calvet (1845: 169). Narváez y O'Donnell formaron un gabinete presidido por Joaquín María López y las Cortes declararon a Isabel mayor de edad prematuramente a los trece años, quien comenzó a reinar con el nombre de Isabel II el 29 de septiembre de 1843.

Por entonces, escribe Haverty, en contraste con su hermana Luisa, que es «a charming child», la apariencia de la reina Isabel es la de una chica precozmente desarrollada, agobiada por las preocupaciones y enfermiza, muy pálida y con una expresión que no tiene nada de interesante ni de expresivo; se decía que era muy obstinada, propensa a las rabietas, y en ocasiones mostraba poca inteligencia y mal genio. Los cortesanos la consideraban caprichosa, terca y *disimulada*, y Hughes atribuía aquel disimulo a las conflictivas influencias en las que se había visto envuelta; no tenía voluntad propia, aunque eso le sucedería a cualquier niño de trece años en cualquier parte (1844: 102-106). En los últimos tres años había estado en constante correspondencia con su madre y había desarrollado gran antipatía a los progresistas. También debemos a Hugues, quien obviamente no tenía mucha simpatía por la Soberana, un irónico testimonio del obsesivo gusto de esta por los dulces, que incluyo aquí por su carácter anecdótico y costumbrista:

La Reina Isabel tiene una extraordinaria colección de dulces, el museo de productos de confitería más perfecto de Europa. La real despensa desaparece constantemente pero también es repuesta sin cesar; y los encargados de ella ofrecen a su Soberana algo mucho mejor que animales disecados. El museo de pastelería, que ocupa todos los departamentos del palacio, contiene ejemplares tan interesantes

como las *tortas* de Morón, que son las más celebradas de España, los *panes pintados*, o bollos pintados de Salamanca, los *ojalores* [hojaldres?] de Pascua o de Carnaval, y otras delicadezas pascuales. Los *turrone*s duros de Alicante, compuestos de almendras, avellanas y castañas asadas mezclados con miel y azúcar, los *dulces* de coco glaseado, las almendras, las avellanas tostadas enteras o molidas, *canela*, trozos de piña, manjar blanco, y arroz con azúcar, galletas de gengibre de diversos tipos, mermelada, jalea y *blando de huevos*, o yemas de huevo azucaradas, *capuchinas*, *guindas* (cherry brandy), cebada azucarada (barley-sugar), nueces y azúcar, *alfajor* o pan de especias, y el delicioso queso *jijona*, *dulce de granadas*, *melocotones*, *madroños* y otras variedades curiosas. Quizás la característica más sorprendente de la joven Majestad de España es su deleite y constante uso de esos *bonbons* y dulces. Los envoltorios de las golosinas están esparcidos por todo el palacio, las bolsas de confites llegan a la Sala de Consejo y los *dulces* cubren el trono. Si no es la la princesa «más encantadora» es sin duda «la más dulce». Cuando está de buen humor regala dulces y cuando despacha con sus ministros «despacha» al mismo tiempo una prodigiosa cantidad de golosinas (1844: 107-108).

Cuando el Gobierno pidió a la Reina Madre que acudiese en auxilio de su inexperta hija, recibió a su regreso, según el marqués de Miraflores, «una gran ovación en todas las poblaciones de su tránsito, singularmente en Barcelona» (305), si bien Washington Irving comentaba que, aunque era muy amada de los moderados y de la facción más conservadora de la nobleza, el pueblo español la recibió tibiamente (carta a Catharine Paris, Madrid, 23.III.1844).

Tanto Widdrington como Hugues y Haverty coincidían en considerar a la Reina Madre como una mujer inteligente, con claridad de ideas, resuelta, serena y valerosa, pero carente de escrúpulos, falsa, despótica y con espíritu de mando. Era muy avara y se la acusaba de que al marchar al exilio se llevó todos los objetos de plata y oro que pudo, incluso algunas joyas de las niñas; y de que la avaricia, el rencor político y la pasión por Muñoz habían dejado poco espacio para el cariño hacia sus propias hijas (Widdrington, 1843: 95). Aquel era hijo de un estanquero de Tarancón, vanidoso y con algún dinero, que consiguió un puesto en las Guardias de Corps. Según contaron a Haverty, en 1834 hubo un incendio en La Granja y a pesar de la nieve la reina quiso ir a ver los daños del palacio, pero en el camino volcó el coche: Muñoz sacó a la Reina por la ventanilla y desde entonces la carrera del apuesto guardia fue rapidísima. Cristina se exhibía con él sin importarle la indignación de la gente, y desde Tarancón llegó un buen día un cura desconocido que, ante la sorpresa general, fue nombrado párroco de la prestigiosa iglesia del Buen Suceso, canónigo de Toledo, Deán de Oviedo y otras altas dignidades, pues al parecer fue quien había casado a la Reina con Muñoz (1844: 91).

La Reina Madre regresaba tan ambiciosa como antes. Consiguió que el gobierno cancelara sus deudas e incluso que la indemnizara; Muñoz fue nombrado Duque y Grande de España, y se incrementó de manera notable la vida social de la corte. Por otra parte, con el paso del tiempo Cristina se había hecho muy religiosa y su regreso dio nuevo impulso a procesiones y ceremonias del culto, favoreció al clero, trató de suspender la venta de bienes eclesiásticos y devolverle los ya vendidos. Narváez restableció la censura de la prensa, desarmó la Milicia Nacional y se estableció por la Ley de Ayuntamientos —la causa inmediata del exilio de Maria Cristina en 1840— que fueran designados por la Corona y no por elección.

Los españoles no tenían buen concepto del carácter ni del comportamiento de la Reina madre. Su hermana Luisa Carlota, una mujer orgullosa, violenta y ambiciosa con

más talento y más discreción que su hermana Cristina, se lo afeó vigorosamente y desde entonces se llevaron mal. Estaba casada con el Infante D. Francisco de Paula, el hijo menor de Carlos IV («a milk and water kind of person»), sin buen sentido ni energía en sus acciones. Espartero los apartó de la corte, pero D. Francisco, a instancias de su mujer, consiguió salir diputado a Cortes por Aragón para quedarse en Madrid y negociar el posible matrimonio de su hijo Francisco de Asís con su prima Isabel (Haverly, 1844: 96).⁶

El domingo 27 de noviembre de 1845 Hugues asistió a misa en la capilla real y pudo observar de cerca a la reina y a su familia:

la salud de María Cristina, quien parece sobrepasar en devoción a sus hijas, [...] está desmoronándose a ojos vista, su rostro parece deslustrado y comienza a perder su gracioso y redondeado contorno. La constante tensión de las intrigas le ha robado horas al sueño, y el ambiente de forcejeo político al que no puede sustraerse ha desvanecido el rosa de sus mejillas y nublado su frente. Lamento decir que de vez en cuando se pinta, y los cosméticos (si persiste en usarlos) acabarán por dejar surcos en su rostro, como les sucede a las actrices, aunque persiste en ella la mujer hermosa que incluso al declinar no pierde su innato donaire. Abandonará el palacio real inmediatamente después de la boda de Isabel y vivirá en otro con su guardia de corps ducalizado (1845: 285).

El retrato de Narváez que hizo el autor de *Revelations of Spain* coincide en líneas generales con el de otros contemporáneos: le parecía un militar atrevido y enérgico, un hombre de acción violento y determinado, reacio a recibir consejos, y un político precipitado y estúpido que había demostrado lamentable falta de agudeza. De estatura más que regular, enjuto y nervudo, era popular en el ejército, sobre el que tenía gran poder, y compartía en campaña la vida de los soldados; pero tenía enemigos entre la tropa y la Milicia Nacional, había sufrido varios atentados y vivía en constante alarma. Su posición en el gobierno estaba complicada por sus disensiones con la Reina madre, por sus componendas con la camarilla y por su rivalidad con Serrano, que era el protegido de Isabel II (1845: 122-123).

Resultado de la alianza de Progresistas y Moderados que había acabado con Espartero en 1843 fue el gabinete encabezado por Joaquín María López, que declaró la mayoría de edad de la reina, pero al no hallar apoyo parlamentario, le sucedió Olózaga, quien logró formar un ministerio progresista. Derrotado en las Cortes, logró un decreto de disolución que consiguió, según los moderados, obligando violentamente a la reina a hacerlo; y acusado de un delito de lesa majestad, tuvo que huir. Como es sabido, Fernando VII regalaba habanos a sus favoritos como prenda de amistad, y también, irónicamente, a los que despedía, quienes al llegar a casa hallaban una orden de prisión o de destierro inmediato. La «inocente Isabel», que no fumaba, regaló unos dulces a Olózaga al tiempo que, a instancias de la camarilla, declaraba falsamente que este la había forzado a firmar. «Parece que los Borbones de España —escribía Ford—, cuando no están “cretinizados” como idiotas, son un compuesto de malicia y de cobardía» (1846: 322). Hughes dejó un retrato imparcial de Olózaga, a quien consideraba altivo, sensible y apasionado, elocuente, muy vanidoso y

⁶ Un frutero en Madrid dijo a Borrow que don Francisco de Paula era un buen hombre, pero que la infanta era «la mujer más regañona de Madrid [the veriest scold]; puede decir carrajo [sic] como el arriero más soez de la Mancha, con la pronunciación y el énfasis debido. No se quite el sombrero, amigo, porque no tiene educación ni cortesía; no respondió a mi saludo aunque soy un asturiano y un caballero con mejor sangre que ella» (Borrow, 1843: 128). En carta a su sobrina Catherina Paris (Madrid, 9 de febrero de 1844) Washington Irving confirmaba este retrato de la infanta, y comentaba su muerte y la visita al cadáver expuesto de cuerpo presente.

políticamente poco de fiar, pues había pertenecido a diferentes partidos. Era alto y derecho, medía casi seis pies, musculoso, de facciones regulares, ojos negros y brillantes, con las mejillas irradiando salud y la nariz bien proporcionada. Tenía la frente alta, cara de intelectual y el paso y aspecto de un político penetrante y decidido (1845: 131-132). Mucho menos positivo fue su retrato de González Bravo, un hombre muy engreído, como revelan su actitud y su gesto; muy petimetre y cuidadoso de su rizado pelo negro, muy atento a mostrar su vivacidad con la rapidez de sus gestos. De talento satírico formó parte en su juventud de la famosa «Partida del Trueno». «So insignificant a man» (1845: 190-192). Y dentro de la misma línea estaba Prim, muy bravo, pero también ridículamente vanidoso.

*

Quienes conocieron España anteriormente, como Widdrington y los norteamericanos Slidell Mackenzie y Washinton Irving, o habían vivido en ella largo tiempo, como Hughes, tuvieron ocasión de observar los profundos cambios políticos y de gobierno en los últimos veinte años, así como la evolución que experimentaron la sociedad y las costumbres españolas. Principalmente eran de notar el fin de la guerra carlista, y la situación del clero tras la excomunión y la venta de bienes eclesiásticos decretada por Mendizábal.

En el Madrid de los años 30 la vida social estaba reducida a estrechos círculos de carácter familiar en los que un extranjero penetraba con dificultad. Ford y otros viajeros hablan de las dificultades que hallaban cuando les tomaba por los odiados franceses o por espías una población ignorante y con arraigados prejuicios, aislada del exterior, que se creía superior al resto del mundo; prejuicios que afectaban también a los diplomáticos, quienes vivían aislados formando una casta aparte. Los españoles que no pensaban así eran muy pocos, la mayoría estaban en el exilio, y bajo el gobierno fernandino se consideraba sospechosos a quienes intimaban con extranjeros.

Fernando VII retenía en la corte con puestos de poca monta a la nobleza, que vivía en sus palacios con simplicidad y comodidades semejantes a las de un hidalgo campesino en Inglaterra, y con gran cantidad de criados que les arruinaban. Cuando escribía Widdrington, todavía estaban *impurificados* más de doscientos. En tiempos de la Constitución muchos pertenecieron a la Milicia Nacional, y bastantes eran muy cultos.

Widdrington despreciaba a los madrileños, cuyo peculiar carácter se había formado con el habitual trepar en busca de empleos, sin más diversiones, intereses intelectuales o artísticos que las intrigas, y observaba acertadamente que

En todas la ciudades hay una muchedumbre de ociosos, gente sin oficio ni beneficio, de la que frecuenta los teatros y los cafés, grandes lectores de periódicos, grandes estadistas en busca de algún pequeño empleo, muy ignorantes y dispuestos a secundar cualquier movimiento político con tal que no ofrezca riesgos. Muchos de estos han tenido siempre parte muy activa en la oposición contra el gobierno, encantados de figurar en Juntas o en otros puestos que les dan una importancia momentánea y, a ser posible, unos cuantos duros a costa siempre del contribuyente (1843: 241-242).

Es difícil entenderse —escribía— con quienes se dedican al comercio al por menor y a otros negocios, pues venden muy caro y creen que te hacen un favor atendiéndote. Son muy flojos, la población declina y tanto la vida como casi toda la industria de Madrid se mantienen gracias a los vigorosos brazos de los catalanes, valencianos, aragoneses, vascos, montañeses de Santander, asturianos y gallegos. En Madrid todo es foráneo: las fresas

vienen de Aranjuez a 30 millas, los albaricoques de Toledo, a 50, los melocotones llegan a lomos de mula desde Aragón y la mantequilla de Asturias. Los valencianos venden naranjas y limones, y los murcianos dátiles. El origen provinciano cuenta aquí tanto que todos saben de dónde viene cada uno, y es frecuente ir de compras donde el catalán de tal calle o el valenciano de otra. Y lo mismo ocurre con las *posadas y casas de pupilos* adonde van a parar los provincianos de las distintas regiones. Los más accesibles a los extranjeros son los provincianos pues retienen sus costumbres sin haber adquirido las de Madrid; de hecho, donde hay que buscar las excelentes cualidades de los españoles es en el campo y en las capitales de provincia. Madrid está mucho más sucio que las ciudades morunas [sic] del sur, escasea el agua potable y, aunque hay planes para remediarlo, no hay dinero para hacerlo (1843: 162-175).

Esta vital participación de los provincianos provoca un entusiasta elogio de Borrow:

He visitado casi todas las capitales del mundo pero ninguna me ha interesado tanto como este Madrid donde ahora estoy [...] Dentro de una muralla de apenas legua y media en redondo viven doscientas mil personas que forman el conjunto humano más extraordinario del mundo [...] hay que tener en cuenta que la enorme población de Madrid, con excepción de algunos extranjeros, sobre todo sastres, guanteros y peluqueros franceses, es estrictamente española [...] una población extraña y dispar compuesta de provincianos pero españoles todos, y así permanecerá mientras la ciudad exista.

Y después saludaba a los aguadores de Asturias, a los caleseros de Valencia, a los mendigos de La Mancha, a los criados venidos de las montañas, a los mayordomos y secretarios de Vizcaya y de Guipúzcoa, a los toreros de Andalucía, a los reposteros de Galicia, y a los tenderos de Cataluña. «¡Os saludo, castellanos, extremeños y aragoneses! Y, en fin, a vosotros, genuinos hijos de la capital, plebe de Madrid, vosotros veinte mil manolos, cuyas terribles navajas hicieron tan gran estrago el 2 de mayo en las legiones de Murat!» (1843: 119).

El mismo Widdrington recordaba que durante su estancia en España a principios de los años 30 la gente pasaba gran parte del día en los cafés sin gastar apenas nada, sin más entretenimientos que ir al Prado y los toros, que son casi los únicos que tiene el pueblo, pues la censura del gobierno o las desgracias de los tiempos han acabado con todo lo demás (1843: 192). El Teatro Real seguía sin terminar y además de los dos teatros del Príncipe y de la Cruz, había otro pequeño donde daban obras musicales y bailes de poca calidad. Se representaban óperas italianas, obras teatrales de los clásicos españoles y sainetes. Se imprimían más libros, entre ellos, obras de los clásicos españoles, y la Academia preparaba una edición de los romances⁷ y de otras obras agotadas. Había ediciones de obras elementales de educación y ciencia populares y útiles, aunque en general de calidad inferior a las de Ibarra; muchas se exportaban a las antiguas colonias pues de no ser así no se cubrirían gastos, dado el estado económico de España (1843: 173). Además se estaban publicando las obras de Walter Scott, tan populares en España como en el resto de Europa, y comentarlas formaba parte de las escasas discusiones literarias.⁸

⁷ Se refiere probablemente a los cinco tomos del *Romancero General* de Agustín Durán que aparecieron entre 1828 y 1832, de los que salió una segunda edición, muy aumentada, en 1849-1851 en dos volúmenes.

⁸ Las primeras traducciones españolas de novelas de Walter Scott, *Ivanhoe* y *El talismán*, se deben a José Joaquín de Mora y fueron publicadas en Londres por Ackerman en 1825. A partir del año siguiente, con *El talismán*, traducido por Juan Nicasio Gallego (Barcelona, Piferrer, 1826) comienzan a aparecer otras traducciones publicadas ya en España. Ver José F. Montesinos (1955: 71-96 y 285-290).

La Biblioteca Real estaba en los años 40 en un convento cercano al palacio real, y era una noble institución admirablemente dirigida por Martín de los Heros, intendente de la Real Casa en tiempos de Espartero: está llevada muy bien, como todo lo que se hace en España cuando se determinan a hacerlo. Ha recogido los libros de los conventos, buena parte de ellos de «monkish theology», y los numerosos lectores gozan de toda clase de facilidades, aun cuando convendría revisar el fichero, pues tiene muchas lagunas. La liberalidad con la que la Biblioteca, el museo de pinturas y el de Historia Natural están abiertos al público es muy laudable, y la cortesía y eficiencia de quienes las dirigen son únicas en Europa. Pero los extranjeros han de enfrentarse con el gran problema de la rigurosa y atrabiliaria censura de libros en la frontera (Widdrington 1843: 175).

Widdrington hizo una detallada relación de las grandes mejoras urbanas que comenzaban a emprenderse durante su primera visita, como dar nombres a las calles y numeración a los portales de las casas, el nuevo servicio de ómnibus tirados por caballos que atravesaban las principales calles de Madrid y la dedicación de un monumento a Daoiz y Velarde. Interesado en las artes, visitó museos, bibliotecas, iglesias y otros edificios notables; cuando hablaba de «pointed architecture» se refería posiblemente al estilo herreiriano, y las manifestaciones del mal gusto le parecían «cockney to the last degree» (1843: 47). A nivel nacional avanzaban obras públicas como caminos y puentes y se había establecido un nuevo servicio de diligencias y casas de postas, y otro de galeras y paradores, mucho mejores que en Francia (1843: 207). De sus viajes a los alrededores de Madrid elogiaba Aranjuez pero el Escorial, obra de su odiado Felipe II, le pareció que tan solo merecía una corta visita.

Volvió a España al cabo de un decenio para visitar a sus amigos, y ver los efectos de los grandes cambios que habían tenido lugar después de la muerte de Fernando VII y del fin del dominio del clero que el país había sufrido durante tantos siglos. Halló gran actividad constructora: «cada plaza y plazuela, cada parte de las calles anchas estaba ocupada por montones de materiales viejos o nuevos cubiertos por el polvo que levantaban los canteros al cortar el granito de Colmenar que cubre el exterior de casi todos los nuevos edificios». ⁹ Había buenas tiendas pero malos restaurantes, y La Fontana de Oro había cerrado. Se podían hallar periódicos ingleses y franceses y se publicaban casi cuarenta de toda tendencia, muchos de corta vida, aunque la mayoría no llegaban a las provincias (1843: 17).

La impresión de Haverty era todavía más entusiasta: cafés y salas de lectura llenos de gente que leía periódicos, hablaba de política y comentaba rumores en la famosa Puerta del Sol, anuncios de comercios y de teatros en las paredes, paseos concurridos, el sonido de varias lenguas en las calles, y gente bien vestida de diversos países que iba a sus negocios. El aspecto de Madrid hace una favorable impresión en el forastero —escribe—; algunas

⁹ En las *Escenas matritenses* (1836-1842) y en *Tipos y caracteres* (1836-1842) Mesonero Romanos dejó una visión detallada del Madrid de la primera mitad del siglo. La Desamortización de Mendizábal en 1836 incrementó notablemente la actividad económica, y en el lugar ocupado antes por las iglesias, conventos y otras propiedades eclesiásticas desamortizadas se alzaron casas de nueva planta, se abrieron nuevas calles, plazas y jardines, y monumentos. «El Curioso Parlante» alababa en 1835 «la espaciosidad y desahogo» de las calles de Madrid, «la regularidad bastante general de su alineación, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas y sus distintas formas y dimensiones». De la actividad constructora mencionada por Widdrington son eco la serie de grabados de «Peligros de Madrid» que fue publicando el *Semanario Pintoresco* entre 1836 y 1857, y aleluyas como *Percances de Madrid* y *Escenas matritenses*, cuyo título evoca el del libro de Mesonero, subtitulada *Peligros y costumbres de Madrid*, entre ellos el de los fragmentos de piedras que labra un cantero y ciegan a un señor, el de los trozos de teja que caen a la calle cuando limpian un tejado o el del chorro de cal llovido desde un andamio. El título y los grabados de algunas de estas aleluyas muestran influencias más o menos directas de colecciones de tipos como *Los españoles pintados por sí mismos*, y tanto los autores de *Percances de Madrid* como los de *Escenas matritenses*, conocerían sin duda los grabados de «Peligros de Madrid» del *Semanario Pintoresco*.

de las puertas son espléndidos monumentos arquitectónicos, las calles son amplias, regulares y limpias, las casas nobles y bien hechas, las fuentes y los paseos, soberbios y, a pesar de que los edificios públicos carecen de las columnas y otros elementos propios del gusto clásico, tienen un aire de importancia y grandeza, y el palacio real es una de las residencias reales más nobles y más bellas de Europa. De hecho, Madrid es una noble ciudad a pesar de ser una de las más pequeñas, pues no tiene más de doscientos mil habitantes y está situada sin suburbios en medio de una región desierta en la que durante los grandes calores del verano y lo más severo del invierno no hay otra vegetación que la de los jardines del Buen Retiro y el Real patrimonio de la Casa del Campo (1844: 64-66).

También advertía Hugues que Madrid había mejorado mucho en los últimos siete años y se notaba la influencia benéfica de quienes habían viajado por el extranjero y traído nuevas costumbres, sobre todo entre las clases más altas. Sin embargo, menos entusiasta que su paisano Haverty, hallaba la ciudad con pocas comodidades («singularly comfortless»), sin un lugar adecuado para quedarse, pues la alternativa era un hotel ruidoso o alquilar un piso y amueblarle, lo que no gustaba a la mayoría de los solteros. Pocos entretenimientos y esos poco interesantes: aparte de los dos teatros, la ópera, donde no solía haber buenas compañías, y las sesiones de las Cortes. Lamentaba la marcha del ministro plenipotenciario inglés Mr. Aston, quien había estado en buenos términos con Espartero, y cuyos espléndidos coches y caballos adquirió Narváez, tan amigo del fasto que llevaba una escolta de húsares, como un monarca (1845: 215).

En los años 30 las universidades españolas necesitaban una gran reforma, y en el decenio siguiente la situación no había cambiado: muchas carecían de profesores competentes por falta de dinero aunque, en general, había interés en promover la educación. Según Widdrington, se veían por todas partes anuncios de escuelas gratuitas para niños y niñas, había sociedades benéficas formadas por señoras de alto rango y una junta directiva que seleccionaba los libros para las escuelas presidida por «mi amigo el famoso Don Nicasio Gallego, un canónigo de Sevilla, autor del famoso poema del alzamiento de Mayo de 1808, que aun hoy día se cita constantemente y se ha reimpresso mucho por ser una de las composiciones más sencillas y más bellas que existen en cualquier lengua» (1843: 19). La Universidad de Alcalá se trasladó a Madrid durante la Guerra carlista y ya en 1832 había decaído mucho a pesar de haber sido uno de los lugares más celebrados antes en la historia de Europa.

Aparte de las grandes y vistosas procesiones religiosas y otras manifestaciones del culto que en todo tiempo atraían a los madrileños, la llegada de los moderados al poder cambió radicalmente la frugalidad y escasez de ceremonias de la corte en los tiempos de Espartero por la celebración de fiestas ostentosas. Las de Narváez sobresalían por su magnificencia, y rivalizaban con las de la misma corte; el día de la declaración de la mayoría de edad de la reina dio una a los tres mil oficiales de la guarnición de Madrid, aunque parece ser que las mejores eran las del marqués de Casa-Irujo, de quien se decía que era el hombre más rico de Madrid y se hablaba de él como futuro ministro de Hacienda. Se le llamaba el Toreno de la moderna España, aunque carecía de su habilidad; también eran notables las del banquero y ministro, Sr. Carrasco, en cuya casa se reunían los partidarios de la expatriada Cristina; y entre los diplomáticos, las del duque de Gluksberg, el joven representante de Francia, y las de Madame Calderón de la Barca, a las que acudía lo más refinado e intelectual de la sociedad madrileña. Esta señora era la autora de *Life in Mexico*, una obra que había establecido su sólida reputación literaria, y su marido ocupaba un alto puesto. Animada, de atractivos modales y refinado gusto, era muy bien recibida por los españoles a pesar de ser extranjera, lo que es raro, debido al apellido de su marido, idéntico al del gran dramaturgo del que descendía. También eran notables por su

elegancia las fiestas de la condesa Montejo [sic], una señora de origen escocés (Hugues, 1845: 216-217).¹⁰ En aquellas fiestas y en las reuniones en casas particulares se bailaban *quadrilles* francesas y valeses alemanes, pero no los bailes nacionales.

La llegada de Hugues a Madrid coincidió con los preparativos para la inminente boda el 10 de octubre de 1846 de Isabel II con su primo Francisco de Asís y la de su hermana María Luisa con el duque de Montpensier.

Desde mi llegada —escribía— se oye por toda la metrópolis el rechinar de las sierras y los martillazos a medida que un edificio tras otro quedan cubiertos de andamiajes: hacen todo cuanto pueden por desfigurar Madrid con la pretensión de engalanarlo para las nupcias que se avecinan. Los improvisados adornos de cartón-piedra, lona y madera estropean la fachada de las mejores edificaciones [...] están transformando rápidamente el hermoso Prado en un absurdo jardín-pagoda chino, engalanado en toda su longitud con una guirnalda de luces de colores. La Plaza Mayor se ve convertida en una especie de anfiteatro con filas de asientos que alcanzan el primer piso en los cuatro costados [...], las cinco hileras de balcones han sido tomadas por las autoridades a fin de colocar a sus amigos y protegidos para que vean los festejos, *sin compensación alguna a los ocupantes*, pues en estas latitudes, bajo apariencias constitucionales, nos tropezamos por doquier con el crudo despotismo.¹¹

Y comentaba que

Dondequiera que vaya [...] puedo ver destacamentos de infantería o caballería patrullando por las calles. El sistema militarista de gobierno prevalente en la actualidad se manifiesta en la vida cotidiana sin recato alguno. El objetivo palpable es coartar la demostración de sentimientos contrarios a la boda Montpensier. Aquí, toda la existencia gira en torno a la política. En el curso del pasado mes la prensa ha sido víctima de una degollina moral. Don Manuel Bretón, el capitán general de Cataluña, convocó a los directores de los periódicos de Barcelona y les obligó, sable en mano, a romper sus artículos editoriales, advirtiéndoles que ejecutaría al primero de ellos que escribiera en contra de aquella boda (1845: 284-285).

El matrimonio de la infanta María Luisa con el duque de Montpensier se celebró a pesar de la oposición diplomática de Inglaterra y el 15 de marzo de 1847 Ford escribía a Gayangos que «a L[ouis] Philippe se le considera aquí un embustero y a la Cristina una cochina: dos grandes verdades a mi parecer» (1846: xxiii).

*

Bastantes de los extranjeros que escribieron sobre España estaban mal informados, y otros lo hicieron de manera paternalista o viajaron con la intención de confirmar sus

¹⁰ Se refiere a María Manuela Kirpatrick, condesa de Montijo (1794-1879), hija del escocés William Kirpatrick, ciudadano norteamericano y cónsul de los Estados Unidos en Málaga en 1791. En 1817 María Manuela casó con Cipriano Guzmán Palafox, conde de Teba, marqués de Montijo y duque de Peñaranda. Tuvieron dos hijas, Francisca (1825-1860), la futura duquesa de Alba, y Eugenia (1826-1920), la esposa de Napoleón III.

¹¹ Después de las bodas, dio fin el mundo ficticio creado por aquella absurda tramoya que vio levantar Hugues; y la vuelta a la realidad, al desarmarla, adquiere en palabras de Galdós un sentido simbólicamente premonitorio: «ya no había nada: todo estaba oscuro, solitario; solo vieron el triste desarme de los palitroques y aparejos de madera, lienzos desgarrados y sucios por el suelo, y las paredes de todos los edificios nacionales señaladas por feisimas y repugnantes manchurroneos de aceite. Parecían manchas que no habían de quitarse nunca» (*Bodas reales*, 1952, 300).

anteriores prejuicios religiosos, políticos, o culturales. Widdrington, Hugues y Hagerty, además de George Borrow y Richard Ford, fueron excelentes conocedores del país, tuvieron en él buenos amigos, hicieron detalladas descripciones y análisis de sus experiencias, y sus obras revelan cariño por los españoles, y una curiosidad que aportó muchos datos de carácter etnográfico, costumbrista e intrahistórico.

Pero desde su perspectiva anglocéntrica contemplaban con una mezcla de asombro, incompreensión y lástima la política de la monarquía española —«the labyrinth of Spanish affairs»—, que asemejaron en más de una ocasión a la de las cortes del Oriente. España seguía siendo «this strange country», «this singular country», «this original and extraordinary country», cuyas motivaciones aceptaban como «cosas de España». ¹² Políticamente, los tiempos no eran propicios; algunos viajeros habían conocido la siniestra España de Fernando VII, y otros la de la joven Isabel II, pero la corrupción y los abusos databan, según Widdrington, desde los tiempos «del Escorialense», y Madrid era el centro de una complicada administración, llena de obstáculos. Para Hugues los regímenes tiránicos que sojuzgaban a los españoles, como el presente de Narváez y de González Bravo, eran constitucionales tan solo en nombre. Y Haverty destacaba que en aquel gobierno despótico el Parlamento carecía de poder, la prensa estaba censurada y el pueblo vivía en la apatía y en la ignorancia. El autor de *Wanderings in Spain* conocía bien la historia de España, era bastante imparcial, exponía los fallos de liberales y moderados, y lamentaba la complicada política de pronunciamientos y algaradas populares en el país que tenía la Constitución más democrática de Europa.

Creí que conocía a los españoles, pero veo que no, y su historia es ahora tan complicada que nada puede explicar los sucesos presentes. No quiero hablar mal del carácter español, y creo que, con todas sus faltas, nadie aventaja a los españoles en excelentes cualidades, y que tienen todo lo necesario para volver a ser lo que fueron, pero su comportamiento ha conseguido disgustar últimamente a los amantes de la ley y del orden; los abusos se acumulan, los males del país son cada vez más graves y la probabilidad de remediarlos disminuye de día en día (1844: 99-105).

Inglaterra y Francia rivalizaban en sus intentos de influir sobre la política española; Widdrington, Hughes y Haverty, como británicos, simpatizaban con los progresistas que disputaban el poder a los moderados, a quienes respaldaba Luis Felipe. Aquellos, lo mismo que Richard Ford, no ocultaban su antipatía por los franceses, destacaban la desconfianza y aversión de los españoles por sus vecinos del norte, y Widdrington llamaba a los moderados «el partido francés», «la España afrancesada», mientras que los progresistas eran «el partido nacional», «Spain ancient, pure and liberal». ¹³ Y simpatizaban en principio con Espartero, progresista y anglófilo, a quien reconocían patriotismo y valor personal, aunque escasas dotes de gobernante y de político. ¹⁴

¹² El autor de la introducción al libro de Hugues considera que «Una opinión informada sobre un tema tan complicado no puede formarse sin conocer a fondo las instituciones del país así como el carácter español tal como es, y no como el error y los prejuicios populares le han pintado con frecuencia» («Editor's Preface»: iv). «Todos los aspectos del país y el contradictorio y extraño carácter de sus habitantes aparecen aquí ante los ojos del lector: España guerreando y en fiesta, pronunciándose y fraternizando, España en el ruedo y en el senado, martirizando toros y acosando ministros, España en sus horas de locura y en sus raros momentos de reflexión» (v).

¹³ A pesar de ello, en el capítulo XIII, «On the Pronunciamientos and Fall of the Regency», que es un relato excelente y detallado, Widdrington promete «decir la verdad y no ser parcial de un partido ni de otro. Tengo muchos amigos, y muy queridos, entre los moderados o partido francés y otros tantos en el nacional, que era el del Regente» (1843: 225).

¹⁴ Ford detestaba a los moderados, «como se llama a los del partido francés e imitadores del *juste milieu*, a la

Mencionaban siempre con reverencia a Wellington, «the Duke», y en la controvertida cuestión de la participación del ejército inglés en la Guerra de la Independencia, corrió mucha tinta, pues tanto los españoles como los ingleses aseguraban que fueron ellos solos quienes ganaron aquella guerra; Widdrington escribía que el corto número de tropas que envió el gobierno inglés no podría haber vencido a las de Napoleón, pero que los españoles perdieron las batallas excepto cuando cooperaron con los ingleses, y que los guerrilleros al fin habrían sido vencidos a no ser por la organización y medios de que disponía Gran Bretaña. Pero la defensa del país había estado en manos del pueblo y los españoles, sobre todo los del norte, mostraron ser soldados animosos y sobrios, pacientes y hechos a soportar privaciones (1843: 84).

Consideraban que la Iglesia había causado la ruina de «una nación tan capaz y tan inteligente como la española una vez que se le hayan abierto los ojos» (Widdrington, 1843: 288), por la expulsión de los judíos y de los moriscos, por la acumulación de manos muertas y por una intolerancia religiosa comparable a la de los mahometanos. Todavía a comienzos de los años 30 los españoles vivían oprimidos por el clero, pero tras la exclaustración decretada por los moderados del Estatuto Real de 1835, y la Desamortización de Mendizábal, la situación del clero regular cambió notablemente y los españoles vieron con conmiseración y respeto la triste situación de los frailes y de las monjas exclaustradas, a quienes ayudaron en muchas ocasiones.

Quienes habían conocido la España de Fernando VII destacaban el profundo e inmerecido contraste entre aquel tiránico gobierno y el pueblo español, ejemplarmente digno y paciente ante la desgracia, cuyo temple moral y espíritu independiente habían preservado el carácter nacional en un ambiente de inmoralidad y mala administración que habría destruido el de otros pueblos. Hay que conocer a los españoles en su vida privada junto a sus familias, y una vez conseguida su amistad nadie es más franco y abierto que ellos (Haverty, 1844: 273-274), y no hay nada más agradable que conversar con los que están bien educados, pues tienen un agudo sentido del humor y del ridículo, y extraordinario talento para dar motes, en lo que sobresalen las mujeres. Su conversación es seria pero animada, abunda en palabrotas y en diminutivos, e inventan palabras o les dan un sentido nuevo (Hugues, 1845: 308-309). En las provincias se hallan muchos de los hombres más capaces del país, y aunque las diferencias entre las clases sociales están claramente marcadas, todos alternan en público en las grandes ciudades.

Los extranjeros llegaban a España en busca de un país pintoresco y primitivo, y en Andalucía hallaban colmados sus sueños de orientalismo y de aventuras. Todos ellos, incluso los más ecuanímenes y amantes de España, revelan su predilección por el sur de España colorista y alegre, frente a un septentrión lejano, gris y casi desconocido. Washington Irving buscaba insistentemente la huella del mundo árabe y sus apuntes de viaje abundan en referencias, en ocasiones exageradas, a esta herencia; y Hugues habla de la «Moorish blood» de los españoles y piensa que los del sur del país son todavía medio moros («half Moors», 1845: 250). Ford se refiere con frecuencia a los españoles y a sus

cabeza de los cuales está el *Señor Martínez de la Rosa*, realmente moderado tanto en poesía como en política, y un raro espécimen de lo sublime de la mediocridad que, según Horacio, no toleran los hombres, los dioses ni los librerías; su reputación como autor y como estadista —¡ay, pobre Cervantes y pobre Cisneros!— prueba verdaderamente la presente decadencia de España. Su pluma y su espada están romas, sus laureles mustios y su vientre estéril pero en el país de los ciegos el tuerto es el rey» (1846: 175). En cambio, Hugues hablaba muy bien del autor de *La conjuración de Venecia* como literato y como político y le consideraba «an honorable man and a gentleman» (1845: 186). Ni que decir tiene que estos ingleses aborrecían el carlismo: Don Carlos era «ese imbecil y sangriento tirano» (Hugues, 1845: 25) y para Widdrington, era «la criatura más floja que jamás pretendió una corona [...] ese débil y mal aconsejado personaje» manejado por los curas (1843: 289).

costumbres como «Gotho-Oriental», «Gotho-Bedouin», «Oriental», o «semi-Moro»;¹⁵ los musulmanes trajeron a España las artes, las ciencias y el lujo del floreciente mundo oriental, y destruyeron la cultura de los visigodos, de la que no tenían nada que aprender y que despreciaban. Pero los descendientes de los godos («the Gotho-Spaniards») vencieron después a sus adversarios, y aquellas guerras dejaron Extremadura, el sur de Toledo y Andalucía, que eran de las partes más ricas y fértiles del mundo, convertidas en las dehesas y despobladas del presente (1845: 32).

Aquel pintoresquismo tan buscado por los extranjeros se hallaba especialmente entre las clases populares, para las que Borrow no escatimaba elogios. Ya fuera un manolo, un trabajador o un arriero, el español no era un ser común, era un hombre extraordinario con un espíritu de altiva independencia que no podía menos que admirarse. «Son ignorantes, como es natural, pero he hallado invariablemente entre las clases bajas y poco educadas sentimientos más generosos que entre las altas. Y la mala fama de intolerantes y de envidiosos de los extranjeros que se atribuye a los españoles solamente podría aplicarse a las últimas» (1843: 120). Hugues evocaba el mentidero de la Puerta del Sol, a «un personaje harapiento envuelto en su raída capa con la dignidad de un Grande de España, pues cada castellano se considera noble», a los manolos y, sobre todo, a las manolas. «Estas viragos de las clases bajas de Madrid se expresan con mucha más viveza y elocuencia que las demás mujeres, con los ojos relampagueantes y las ventanas de la nariz dilatadas, y cada una lleva una formidable navaja en la liga de la pierna derecha debajo de la media; algunas también fuman sus cigarrillos con tanta *nonchalance* como los hombres» (1845: 218-221). Las andaluzas tenían las mismas costumbres. Hugues aseguraba que Jacinta, la mejor bailaora de Sevilla, era muy celosa, y describía el cuchillo de seis pulgadas que llevaba en el pecho oculto bajo el vestido, al igual que muchas otras mujeres que tenían un rosario y una navaja, tan listas para rezar como para dar una puñalada. Y las de Triana y otras sevillanas de clase baja llevan la navaja en la liga, al igual que las manolas (1845: 407). Mujeres españolas —la Carmen de Merimée— de tipo meridional y pelo negro, ojos relucientes y corazón apasionado, omnipresentes en los relatos de quienes visitaron nuestro país.

Pero no hay pintoresquismo ni navajas en la liga en quienes pertenecen, o tratan de pertenecer, a una sociedad semejante a las del resto de Europa. Las mujeres de la clase media y de la alta son un modelo de serenidad, de modestia y de gracia, y aunque han sido educadas para madres y esposas, en ocasiones graves abandonan su debilidad y no hay otras en Europa más decididas a sacrificarse por su patria (Widdrington, 1843: 290). Hugues, tan rendido admirador de las españolas, recuerda a las damas andaluzas acompañadas de su *perrito* de raza, un galguito italiano o un spaniel inglés, y evoca las delicadas manos de las gaditanas, que son las mujeres más bellas de España, abriendo y cerrando el abanico con seductiva coquetería en la Alameda de Cádiz (1845: 422-424); y Borrow recordaba a las «señoras y señoritas andaluzas de ojos negros tocadas con sus bellas mantillas de seda» (1843: 425).

Los bienintencionados amantes de la España tradicional coincidían con nuestros propios costumbristas en lamentar la pérdida de los usos, la música y los atuendos tradicionales, sustituidos por una europeización apresurada y con frecuencia mal entendida. Para Ford, cuando los españoles imitaban a sus vecinos, ya fuera en la cocina, en el modo de hablar o en las modas, dejaban de serlo para convertirse en afrancesados (1846: 307). En los años 30 las modas de París y de Londres eran frívolamente imitadas en España, donde

¹⁵ Comidas «Gotho-Beduin» (100), «Spaniards, like the Orientals, have a dread of being supposed to have money» (97), «The saddles used commonly in Spain are Moorish» (67), «The mule performs in Spain the functions of the camel in the East» (67), los españoles «have a Gotho-Oriental dislike to be hurried» (58), «public amusements are rare throughout this semi-Moro land» (303).

llegaban con varios meses de atraso, y las mujeres ansiaban adoptar los nuevos estilos de peinados que veían en los figurines. Comenzaban a usarse los sombreros, «a barbarous innovation», a costa de la peineta, descartada desde los últimos tiempos de Fernando VII. La mantilla ya no es de encaje, ahora es una ancha tira de seda orlada de encaje que se lleva cubriendo la cabeza; es útil y hace las veces de chal, pero «el garboso porte de la cabeza casi ha desaparecido, pues el caer de la mantilla desde la peineta tenía una gracia que ninguna otra prenda puede dar». Todavía se veían pocos sombreros por el Prado; había uno, «exagerado hasta la caricatura», que era una especie de plato que cubría el centro y la parte posterior de la cabeza dejando la frente totalmente descubierta; la Reina y su hermana llevaban a veces «this absurd fashion», pero en la capilla de palacio usaban la mantilla, que hoy día se ve en provincias y en la Corte, sobre todo por las tardes en la zona de las tiendas elegantes, llevada por damas de la clase alta que habían «resistido el torrente de modas foráneas que están extranjerizando todo». Lamentaba también que las mujeres usaran chales como en Francia, y entre la manteleta y el chal, una basquiña larga y amplia que las cubría completamente el cuerpo «como en Oriente». En la moda masculina prevalecía «esa curiosa prenda tan usada en Europa, que era una versión del *peacoat* y a mi parecer se la debemos al Yatch club»; venía de Francia y era de tela ligera, pero sin gracia, aunque era muy apropiado para climas calurosos, pues no tenía cuello y era holgado. Sustituyó a la capa y a la chaqueta, relegadas a las provincias o usadas en invierno (Widdrington 1843: 15-18). Como es sabido, la presencia de estas nuevas modas preocupaba también a los costumbristas españoles, que la veían como parte visible de la pérdida de la identidad nacional, y de ejemplo serviría el conocido artículo de Mesonero Romanos «El sombrero y la mantilla», fechado en septiembre de 1835.

Gran defensor de la España tradicional, Ford destacaba la gracia natural del *bolero*, inigualable e inimitable, y bailado por andaluces, un baile que todo libro de viajes trataba de describir «pero ¿quién puede describir sonidos y movimientos? Esto hay que verlo». Sin embargo, este baile nacional adorado por los extranjeros desgraciadamente comienza a desprenderse por esas malaconsejadas señoras que llevan sombrero en los palcos en lugar de mantilla española. Sospechan que no es europeo ni civilizado, y su mayor oportunidad de sobrevivir está en los teatros de Londres y París, donde está muy a la moda. Pero los bailes populares están firmemente enraizados entre los campesinos y las clases bajas de España, donde cada provincia tiene su propia lengua y su traje, sus bailes, sus vinos y sus santos (1846: 307-309). Y aun cuando no me ocupo aquí de las atinadas observaciones del autor del *Hand-Book* sobre el teatro, quiero destacar su opinión sobre los sainetes, por formar parte de su amor por lo genuinamente español. Anteriormente había observado Widdrington que estos daban una acertada visión de la sociedad popular y que se representaban con una vitalidad y un realismo desconocidos en otros géneros; para Ford, eran el vehículo de la crítica y la sátira, de la intriga, del regocijo y del ingenio, cualidades que distinguen tanto a los españoles. Estaban tan bien representados que parecían escenas de la vida real y los actores, personajes vivos; por lo general había un gracioso muy querido del público, que hacía lo que le daba la gana, alteraba el texto con sus propias morcillas y hacía reír incluso antes de salir a escena (1843: 307).

*

He aquí un grupo de escritores cuyas obras figuran entre las más representativas de la literatura británica de viajes. Estuvieron en la Península en los años 30 y 40 del siglo XIX y sus testimonios tienen en común una crítica aguda de la política del tiempo y del gobierno isabelino, observaciones agudas y amor por los españoles. Fueron unas décadas

cruciales en nuestra historia en las que el tiránico reinado de Fernando VII dio paso a un constitucionalismo que estuvo en manos de camarillas y de espadones, y que no dio fin con la mayoría de edad de Isabel II ni con las Bodas Reales. En aquellas décadas España era un país en transición a la modernidad, en la que la mejora de las comunicaciones y las facilidades para viajar al extranjero facilitaron un progresivo aperturismo.¹⁶ De allí vinieron usos y costumbres ávidamente adoptados por nuestras clases medias y altas y que amenazaron con dar fin a las propias y castizas de los españoles. Borrow, Ford, Widdrington, Haverty y Hugues eran partidarios de los progresistas, si bien conservadores y reaccionarios en su amor al pasado y a una España «diferente», culturalmente inmovilista. Y como ya vimos, lucharon contra los tópicos pero cayeron en ellos, y llevados de su entusiasmo contribuyeron a difundir una «España de pandereta», pintoresca y moruna.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERICH, José (1978), *Bibliografía anglo-hispánica 1801-1850*, Oxford, The Dolphin Book.
- BENÍTEZ, R. (1959), «Terence Mac Mahon Hugues, hispanófilo y lusitanista irlandés del siglo XIX», *Cuadernos Hispano-Americanos*, nº 117 (septiembre).
- BORROW, George (1961), *The Bible in Spain*, London, J. M. Dent, Everyman's Library. Introducción de Walter Starkie.
- BURDIEL, Isabel (2004), *Isabel II. No se puede reinar inocentemente*, Madrid, Espasa Calpe.
- CARR, Raymond (1982), *Spain 1808-1975*, Oxford, Clarendon Press.
- FORD, Richard (1845), *A Hand-Book for Travellers in Spain*, London, J. Murray, 2 vols.
 ——— (1846), *Gatherings from Spain. By the author of the Handbook of Spain, chiefly selected from that work, with much new matter*, London, J. Murray.
 ——— (2000), *Gatherings from Spain*, London, Pallas Athene. Ed. de Ian Robertson.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1991), *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, Madrid, Julio Ollero, editor. Ed. facsímil.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1996), «El pintoresco mundo de la calle o las costumbres del día en aleluyas», *Romanticismo* 6, *Actas del VI Congreso El costumbrismo romántico* (Nápoles, 27-30 de Marzo de 1996), Roma, Bulzoni, pp. 171-178.
 ——— (2012, en prensa), «Washington Irving y la joven Isabel II (1842-1846): un testimonio», en José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades, eds., *La península romántica. El Romanticismo europeo en las letras españolas del XIX*, Salamanca, Genuève Eds.
 ——— (2012, en prensa), «Ecos de sociedad: la vida cortesana isabelina (1842-1846) que vio Washington Irving», en *El Costumbrismo: nuevas luces*, Publicaciones de la Universidad de Pau.
- HAVERTY, Martin (1844), *Wanderings in Spain in 1843*, London, T. C. Newby, 2 vols.

¹⁶ De especial interés me parecen las consideraciones que hizo Richard Ford para quienes pensaran visitar España, este «most romantic, racy, and peculiar country of Europe», que en cierto modo contradicen su amor por la España romántica y tradicional. En ellas les advierte que en la actualidad (1845) el país podía recorrerse tranquilamente y con facilidad, pues los servicios de diligencias eran rápidos y excelentes, había buenos paradores y aceptables carreteras y, en general, «había más posadas y menos bandoleros, hasta el punto de que habría que ingeniárselas mucho para conseguir morir de hambre o ser asaltado» (1846: 38). Pero quienes escriben acerca de sus fantásticas aventuras en la península saben que sus lectores esperan las de encuentros con ladrones pues, como en las novelas de Mrs. Radcliffe, esos libros están escritos acumulando los tradicionales elementos dramáticos, «striking events», que hacen creer a los ingleses que toda la Península está poblada de bandidos (1846: 179). Nada irrita más a los españoles que estos libros escritos por extranjeros sin información ni discernimiento que solo ven la superficie de las cosas y que repetidamente destacan los aspectos más negativos del país. Tan constante intromisión ha aumentado su antipatía y su desconfianza por esa tribu de curiosos impertinentes que viene a «observar» y a desacreditar un país en decadencia sin otro caudal que su pasado (1846: 253).

- HUGHES, Terence Mahon (1845), *Revelations of Spain in 1845, by an English Resident*, London, H. Colburn.
- (1847), *An Overland Journey to Lisbon at the close of 1846; with a picture of the actual state of Spain and Portugal*, London, H. Colburn.
- MESONERO ROMANOS, Ramón (1845), *Escenas matritenses*, Madrid, Imprenta y Librería de D. Ignacio Boix.
- (1993), *Escenas y tipos matritenses*, Madrid, Cátedra. Ed. de Enrique Rubio Cremades.
- (1967), *Obras, I*, Madrid, BAE, CXCIC. Ed. de Carlos Seco Serrano.
- (1994), *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia. Ed. de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos.
- MONTESINOS, José F. (1955), *Introducción a una historia de la novela española en el siglo XIX*, Valencia, Castalia.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1952), *Bodas reales*, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando.
- ROBERTSON, Ian (1988), *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Serbal / CSIC.
- WIDDRINGTON, Samuel Edward (1834), *Sketches in Spain, in 1829-30-31-32*. In two volumes, London, T & W. Boone. Otra ed. de Paris, Galignani.
- (1844), *Spain and the Spaniards in 1843*, London, T. & W. Boone, 2 vols.